

Discurso

Ceremonia de investidura del doctorado 'honoris causa' a título póstumo a Miguel de Unamuno

'Laudatio' a cargo de Pablo de Unamuno, nieto de Miguel de Unamuno
y Jugo

Comunicación Universidad de Salamanca / 06/03/2024

¡Ay que en estas negras noches,
Salamanca, Salamanca,
viene a visitarme en sueños
la vida que di a mi España!

Que en las noches del destierro,
Salamanca,
me pueblan las soledades
las vergüenzas que ahí se pasa.

Que aquí está mi fortaleza,
Salamanca,
pero... no, nada de pero,
la libertad en mi casa.

Y es libertad el destierro.
Salamanca,
hasta mejor en mazmorra
que en estrado de mordaza.

Los versos que acabo de leer corresponden al poema «Salamanca», incluido en el libro *Romancero del destierro* (1928) de Miguel de Unamuno, mi abuelo.

Es relativamente frecuente que un abuelo apadrine a un nieto en actos religiosos y civiles, pero seguramente puede resultar chocante que hoy un nieto sea el que apadrine a su abuelo. Créanme si les digo que siento un enorme pudor en presentar la *laudatio* de mi abuelo para esta investidura de doctor *honoris causa* por la Universidad de Salamanca.

Los descendientes de Miguel de Unamuno y Jugo, con motivo del centenario del injusto destierro que sufrió en 1924, centenario que se cumplió hace muy pocos días, el 20 de febrero, solicitamos para él, como desagravio, el título póstumo de doctor *honoris causa*, solicitud que ya pasó los trámites previos de la Comisión de Gobierno y del Claustro de Doctores de la Universidad de Salamanca.

No creo que sea necesario recordar en este paraninfo que su doctorado lo obtuvo en 1884 en la Universidad Central de Madrid.

Quiero precisar en este momento que esta iniciativa surgió del matrimonio Rabaté, unamunólogos sobradamente conocidos, que nos trasladaron a la familia esta propuesta que ha sido apoyada de forma unánime por todos los estudiosos de su vida y obra: Francisco Blanco, Eugenio Luján, Manuel Menchón, Luis García Jambrina, Carlos Sá Mayoral, Vicente González, Miguel Ángel Rivero, María Isabel Rodríguez Fidalgo, Adriana Paño, Marta García Gasco... a los que agradecemos sus desvelos por tener al día la obra y el pensamiento de nuestro abuelo.

En esta Universidad, en esta ciudad de Salamanca —la Universidad y la ciudad amadas por Miguel de Unamuno— es muy difícil presentar un currículum, unos méritos suyos que no sean ya bien conocidos, por lo que pido perdón por esta osadía.

Miguel de Unamuno dijo en alguna ocasión: «...se pueden tener opiniones y sentirse liberal sin necesidad de ponerse rótulos». No le gustaba que le pusieran etiquetas, que le encasillaran. Se le ha incluido en la Generación del 98, como uno de sus representantes más destacados. Son todos librepensadores con independencia de partidos políticos, independencia que por el contrario no distanció a Unamuno de la preocupación por el bien colectivo.

Con esta misma independencia hizo gala de su españolismo, que dejó reflejado en muchos artículos. En *Niebla*, una de sus novelas más destacadas, le dice a Augusto, su protagonista: «Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio».

Luchó desde su juventud en su *bochito*, en su Bilbao, por la defensa de las libertades individuales y sociales, hasta los últimos meses de su vida, incluso contra las equivocaciones de la República de Azaña. Permanente inquietud espiritual y social que le condujo a la angustia vital en la que se vio inmerso en algunos periodos.

Trabajador incansable, cualquiera de sus quehaceres —académicos, literarios o sociales— dejó huella y es constantemente motivo de estudio y discusión. Incluso sus aficiones, las que están al margen de esas que podemos llamar obligaciones, como eran conocer su entorno, el dibujar o la cocotología, también han dejado huella.

Miguel de Unamuno no se resignaba a morirse del todo y su figura ha trascendido al tiempo y a la historia. Estoy seguro de que en breve será incluso un objetivo de la inteligencia artificial.

Así se definió él:

¿Hombre de letras? No, que no soy tabla,
ni humanista, ni literato.
Hombre de humanidad,
soy soplo en barro, soy hombre de habla,
no escribo por pasar el rato,
sino la eternidad.

[*Cancionero*, poema 827, 8 de marzo de 1929]

Y con estas palabras nos dejó su testamento:

Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero,
soy yo, lector, que en ti vibro.

[*Cancionero*, poema 828, 9 de marzo de 1929]

Me gustaría destacar en esta *laudatio* tres aspectos importantes de su currículum: sus méritos académicos, sus méritos literarios y su dedicación y entrega social y política al entorno en el que vivía.

Obtuvo la cátedra universitaria en esta Universidad de Salamanca en 1891, situación que mantuvo hasta su jubilación en 1934. El Estudio salmantino fue su único destino durante toda su vida académica, interrumpido únicamente por los seis años de destierro y de exilio entre 1924 y 1930.

Cuando Unamuno llegó a esta Universidad se encontró con una institución dormida, estancada, perezosa. Comentó por carta con un amigo: «A esta Universidad todo se le va en comisiones, misas, mascaradas y ceremonias».

El primer enfrentamiento en el Claustro, que le obligó a tomar partido, fue con motivo de las opiniones encontradas de los claustrales por los funerales del catedrático, liberal y agnóstico, Mariano Arés.

Sus biógrafos lo califican como maestro vocacional, vocación docente que llevó más allá de las aulas. Durante 44 años (39, si descontamos el periodo del destierro/exilio) antepuso a cualquier otra ocupación su actividad docente. En su docencia introdujo un estilo liberal que necesitaba la Universidad, enfrentándose a la derecha antiliberal y al integrismo tradicional dominante en el Estudio y en la ciudad, integrismo que respondió desde la prensa contra las ideas de Unamuno, acentuándose el enfrentamiento por su condición de vasco y socialista.

Desde un principio este profesor no salmantino, llegado de otra región de España, suscitó la admiración de los alumnos por su manera diferente de lo habitual, hasta ese momento, de impartir las clases, con puntualidad y asiduidad, dialogando con ellos. Renunció a editar apuntes propios y huyó de los saberes enciclopédicos, y lo que buscaba era despertar la curiosidad de los alumnos. En su última lección, con motivo de su jubilación el 29 de septiembre de 1934, dijo lo que fue su meta durante los 40 años de docencia: «Enseñar es sobre todo y ante todo aprender».

Probablemente lo más destacado de esa primera etapa de Unamuno en la Universidad de Salamanca fue el discurso del 1 de octubre en la apertura del curso 1900-1901, que le fue encomendado por el decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Fue un discurso innovador que rompía con la rutina de varias décadas, discurso que trataba de agitar conciencias de alumnos y profesores, como luego vino haciendo a lo largo de toda su vida en otros estamentos de la sociedad. Invitaba a los alumnos a aprender no solamente en los libros y en los claustros, sino también fuera, en su entorno, ya que historia es lo que ocurre a su alrededor. Por encima de todo exhortaba a los alumnos a buscar la verdad.

El Gobierno, que después del desastre colonial estaba dispuesto a regenerar el país, vio en su discurso una oportunidad de introducir savia nueva en la universidad, por lo que nombra al joven catedrático de Griego, en aquel mes de octubre de 1900, rector de la Universidad de Salamanca.

A lo largo de su vida, fue rector en tres periodos; eso sí, destituido en los tres por los gobiernos legales o ilegales del momento.

Para Unamuno la universidad era el lugar sagrado de trabajo, templo de la sabiduría, y procuró despertar a la institución dormida, con escasa capacidad creativa.

En el primer periodo, con una duración de catorce años entre 1901 y 1914, tuvo que enfrentarse a problemas importantes, algunos graves, derivados de algaradas estudiantiles o del peligro de desaparición de las entonces llamadas Facultades Libres —Medicina y Ciencias—, dependientes, hasta ese momento, de las administraciones locales.

En el segundo periodo, de 1931 a 1936, subdividido a su vez en dos periodos, los hechos son muy bien conocidos. Fue elegido por votación entre los miembros del Claustro en 1931 y ratificado por el presidente del Gobierno Alcalá Zamora como rector vitalicio en septiembre de 1934, con motivo de su jubilación. Fue destituido por Azaña en agosto de 1936, incluso derogando el nombramiento de rector vitalicio. El tercer periodo de rector fue un suspiro: Franco lo nombró y destituyó en apenas mes y medio.

Su obra literaria es tan ingente que incluso hoy día, casi noventa años después de su fallecimiento, no ha podido ser completada. Cultivó todos los géneros, con más aciertos, claro está, en unos que en otros.

En dos ocasiones fue propuesto para el Premio Nobel de Literatura. En 1928 la propuesta no salió de las fronteras de España, porque la dictadura de Primo de Rivera lo impidió.

En 1935 la propuesta, que partió de varios profesores de esta Universidad, fue apoyada por las universidades de Bruselas y París —La Sorbonne— y numerosas universidades y asociaciones de Hispanoamérica. El premio no se le concedió por razones que yo no tengo muy claras. Curiosamente ese año, 1935, el Premio Nobel de Literatura quedó vacante.

Fue doctor *honoris causa* por las universidades de Grenoble, en mayo de 1934, y Oxford, en febrero de 1936.

Es imposible en este tiempo que se me concede para esta *laudatio* recorrer toda su obra literaria. Tampoco yo sabría hacerlo. Comentaré algunos aspectos de ella que a mí me parecen más relevantes.

Hasta hace muy pocas décadas se ha considerado a Unamuno principalmente como ensayista, dado que los múltiples temas de sus tratados —filosofía, religión, sociedad, política, crítica literaria, etc.— han llegado a un amplio sector de lectores. Su labor en tal género la fue desarrollando a lo largo de toda su vida en periódicos y revistas españolas y americanas, aunque esa dispersión de publicaciones la fue él mismo reuniendo en volúmenes: *Del sentimiento trágico de la vida*; *En torno al casticismo*; *La agonía del cristianismo*; *Vida de Don Quijote y Sancho* son ensayos que han provocado numerosos estudios ulteriores.

Miguel de Unamuno fue un viajero incansable por su afán de conocer en profundidad toda España y muy especialmente la región en la que vivía. Son numerosos los artículos en los que hace interpretaciones del paisaje urbano y rústico, descripciones tan perfectas como podría hacerlas un geógrafo. Cabe destacar que estas interpretaciones del paisaje se hacen en

prosa, pero también, con mucha frecuencia, en verso, que algunos han llamado asedio poético. En este sentido, Salamanca resulta ser la más asediada poéticamente:

Bosque de piedras que arrancó la historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud, yo te bendigo,
¡mi Salamanca!

[*Poesías*, «Salamanca», 1907]

Unamuno explicó cómo conoció España: «No ha sido en los libros, no ha sido en literatos donde he aprendido a querer a mi patria: ha sido recorriéndola, ha sido visitando devotamente sus rincones».

Las interpretaciones del paisaje se recogen fundamentalmente en varias obras: *Por tierras de Portugal y España*; *Andanzas y visiones españolas*; *Paisajes del alma*; *De mi país*; y *Poemas de los pueblos de España*.

No menos importante que conocer y describir los paisajes fue, para Unamuno, conocer a los habitantes de las diversas regiones y conocer sus costumbres, su particular habla, sus canciones, su folclore, aquello que está a la sombra de lo conocido, lo que él definió y acuñó con el término de intrahistoria.

Una característica muy común a toda la Generación del 98 fue la de utilizar la prensa, periódicos y revistas de todo el mundo, para dar a conocer sus ideas, su pensamiento. Lector incansable de todos los periódicos, para Unamuno el periodismo tuvo una doble faceta, literaria y política, utilizando un estilo directo, con absoluta libertad e independencia de expresión. El propósito de estos artículos, en muchas ocasiones, era estimular el libre pensamiento del lector, despertar la conciencia colectiva.

Era en estos artículos que opinaba de lo divino y de lo humano, aunque habría que valorarlos en el contexto histórico en el que se escribieron. Por eso tienen, hoy día, una enorme actualidad.

Escribía de cualquier cosa, de lo que a él le llamara la atención, nunca de temas por encargo, que rechazaba. Escribía de política, filosofía, problemas del campo, incidentes cotidianos de la ciudad, los desastres de las colonias, las injusticias y la envidia, que para él era un pecado nacional —escribió también en contra de la monarquía, del militarismo y, en su momento, contra la organización y la política de la segunda república—. Generalmente el contenido de estos artículos, que han sido etiquetados como «literatura con función cívica», era polémico.

Aunque en ocasiones leía sus escritos a la familia, no era lo habitual, porque decía que tenía pudor ante ellos y le daba vergüenza. Cuando replicaban que lo iban a leer poco después, una vez publicados, él decía que en ese momento ya no eran suyos, sino de todo el mundo.

A propósito del pudor de Unamuno, en una carta que escribió a su hija Salomé desde el exilio le decía: «Aquí nos diremos todo, y eso que yo entre vosotros suelo enmudecer. En casa me ata un pudor que no suelo tener fuera de ella. Es algo que no ha llegado a comprender del todo tu madre, y díselo».

Como novelista, tampoco quiso, como en otras muchas cosas, ceñirse a los rígidos patrones que exigían las tendencias de la época y tuvo que inventar un nombre para sus propias obras, *nivola*, como explica en su propia nivola *Niebla*. En sus novelas lo que más importa es el personaje que se mueve desnudo ante el paisaje, pues lo principal es la lucha que mantiene en la trama, su agonía...

Cabe señalar que algunas de las nivolas han sido libro de lectura en las enseñanzas medias, como *Niebla*, *Abel Sánchez* y, sobre todo, *San Manuel Bueno, mártir*.

Por su parte, su obra dramática tiene unas características semejantes a sus novelas, es esquemática y los personajes también aparecen desnudos sin ningún tipo de artificio, tratando además temas muy complejos, como la falta de fe, la envidia o la doble personalidad, problemas que transcurren en el interior de los personajes y que con frecuencia han tenido poco atractivo para lectores en su representación.

Pero yo quiero hoy destacar otra faceta suya que ha sido poco señalada, como es la de epistológrafo.

Las cartas son el género en el que el autor se expresa con más libertad, sin ningún tipo de límite, más que el que el propio autor se quiera imponer, donde se escribe lo que se piensa, mientras que en el artículo de prensa se piensa lo que se escribe.

Los varios millares de sus cartas que se han conseguido reunir están siendo publicados en la actualidad por la Universidad de Salamanca. Ya hay dos volúmenes a disposición de todos sus lectores y se calcula que serán un total de ocho o nueve.

En las últimas décadas Miguel de Unamuno ha sido reconocido principalmente como poeta, que además era el título con el que él quería pasar a la historia.

Se dedicó a este género literario muy tardíamente, después de los treinta años. La mayoría de sus poemas los escribió después de los cuarenta.

El Cancionero es un diario poético de 1755 poemas escritos entre el 28 de febrero de 1928 y el 28 de diciembre de 1936. Dos años durante el exilio y seis más hasta su fallecimiento.

Teresa, por su parte, es un conjunto de 98 poemas que puede interpretarse como una nivola en la que el personaje se expresa en forma de verso.

El Cristo de Velázquez es la obra poética donde expresa su mayor sentido religioso.

En *De Fuerteventura a París* recoge los 103 sonetos escritos en Fuerteventura y París en los que, según sus palabras, se «refleja toda la agonía —agonía quiere decir lucha— de mi alma de español y cristiano». Este poemario, junto con el *Romancero del destierro*, también escrito durante el exilio, son los dos donde se recogen, de manera principal, las críticas a la situación política que vive el país y a la injusticia hecha con él.

Ya hemos dicho que una de las fuentes de inspiración eran sus viajes, el peregrinar por los pueblos de España, pero yo quiero ahora destacar el entorno familiar como inspiración: los juegos de los niños, sus risas, su sueño, los incidentes domésticos, el amor sosegado de su Concha... De forma rotunda se presenta como esposo enamorado, padre de familia, hombre tierno:

Y si a ti, mi compañera,
te cumpliera
de este mundo antes partir,
la luz toda de mis ojos,
luego rojos,
con los tuyos se ha de ir.

[*Poesías*, «A sus ojos», 26 de octubre de 1905]

Y a sus hijos y nietos:

En el fondo, las risas de mis hijos;
yo, sentado al amor de la camilla...

[*Rosario de sonetos líricos*,
«Dulce silencioso pensamiento», 10 de diciembre de 1910]

Los hijos de mis hijos
—si llegan— han de ver
las obras de mis obras
llevando mi alma en pie.

[*Cancionero*, poema 18, 11 de marzo de 1928]

Aquí mis nietos se quedan
alentando mientras puedan
respirar
la vista fija en el suelo
¿Qué pensarán de un abuelo
singular?

[*Cancionero*, poema 1743, 29 de octubre de 1936]

Miguel de Unamuno se comprometió con el entorno en el que vivió, compromiso presidido por su libertad de pensamiento. Se involucró en la vida de la ciudad y en la de los ciudadanos y se preocupó de los problemas de unos y otros, colaborando con las gentes y las instituciones de la ciudad.

Y ese compromiso lo mantenía bajo el lema LIBERTAD, JUSTICIA, TOLERANCIA Y VERDAD. Valores que dejó en sus discursos y en centenares de artículos.

Fue concejal del Ayuntamiento de Salamanca, diputado en la Cortes nacionales, presidente de la Liga Española de los Derechos del Hombre. En fin, personaje público con presencia continua en España.

Un importante motivo de su preocupación fue el medio rural, por el que luchó contra el Gobierno y los caciques, grandes terratenientes, con frecuencia pertenecientes a la nobleza, por el abandono del campo, la despoblación y la deplorable situación de sus gentes. Recuérdense el problema del pueblo de Boada, que en 1905 quiso emigrar en bloque a Hispanoamérica porque se quedaban sin tierras para trabajar. Unamuno intervino apoyando a sus habitantes. Esta lucha en defensa del campo y de sus trabajadores, la llamada «cuestión agraria», que desarrolló junto con otros profesores universitarios, fue en opinión de algunos expertos en su vida y obra la causa de su destitución del cargo de rector en 1914. Destitución de la que se enteró por la prensa y no por notificación personal.

Su antimilitarismo —que estuvo presente en toda su vida— ya se manifestaba en su etapa juvenil cuando escribía «mientras haya ejércitos no habrá civilización», así que pueden ustedes imaginar lo que diría ahora con estos conflictos armados actuales tan letales.

Su oposición al militarismo, a la violencia policial y al mantenimiento de las colonias —y, por tanto, a las guerras coloniales— fue un tema reincidente en numerosos de sus artículos de prensa —que fueron paralelos a los ataques a la monarquía— y los que provocaron que un tribunal de Valencia, en 1920, le condenara a varios años de cárcel y una multa económica; el propio tribunal concedió el indulto por la enorme repercusión y la protesta que se desencadenó en toda España e Hispanoamérica, indulto que Unamuno se había negado a solicitar.

En 1921, el «desastre de Annual» le dio pie para nuevos ataques al militarismo, al colonialismo y a la monarquía.

Desde el 13 de septiembre de 1923, fecha de la publicación del manifiesto del general Primo de Rivera con el que se inició la dictadura, hasta el 20 de febrero de 1924, fecha en la que Miguel de Unamuno recibe la orden de destierro a Fuerteventura, sus críticas contra el manifiesto y Primo de Rivera, y sobre todo contra la pérdida de las libertades, se sucedieron casi diariamente, tanto en prensa como en discursos.

Por su oposición a la dictadura militar y, en definitiva, a la pérdida de libertad individual de los ciudadanos, el 20 de febrero, como ya hemos dicho, tuvo que soportar el destierro y el exilio durante seis años. El día 10 de marzo, es decir, dentro de cuatro días, se cumplirá el centenario de su llegada a la isla de Fuerteventura, isla en la que Unamuno dejó huella y que también la dejó en él.

Cabe recordar en este momento la célebre frase, muy conocida, que dijo al salir para el destierro: «Volveré, no con mi libertad que nada vale, sino con la vuestra».

Su etapa del destierro en esa isla y el posterior exilio, primero en París y después en Hendaya, cerca ya de su País Vasco y de su España, son periodos muy bien conocidos, en los que no dejó de luchar contra la falta de libertades, de lo que quedó constancia en conferencias, cartas y en la publicación, prohibida en España, *Hojas Libres*.

Su regreso a España, a Salamanca, también es bien conocido, su cátedra primero, rectorado después, diputado en Cortes, icono de una República que defraudó a Unamuno y con la que polemizó y le obligó a adherirse, inicialmente, al levantamiento militar hasta que se dio cuenta de que era una guerra incivil. El periodo entre el 12 de octubre y el 31 de diciembre de 1936 se ha documentado suficientemente en películas, conferencias, publicaciones, etc.

No sé si están esperando que cite aquí, una vez más, las célebres frases ya muy manidas: «Vencer no es... o venceréis, pero no...», etc. No, no voy a citarlas, pero voy a leer, para terminar, la que escribió en 1886 o 1887, a los veintidós años, para una conferencia que no dictó en ningún momento. Hace algunos años el investigador unamuniano Eugenio Luján la sacó del olvido transcribiéndola de los manuscritos de la Casa-Museo de esta Universidad. Creo que la frase tiene el contenido apropiado para este paraninfo y este momento. Dice así:

«Luchen las libertades en el contrato, no las voluntades en la fuerza; al vencimiento, que es el sucumbir de la libertad sustituya el convencimiento, que es el sucumbir de la voluntad».

Muchas gracias.